

La construcción del sentido del sufrimiento y la muerte. Antropología filosófica y filosofía de la educación en Viktor E. Frankl

Joan-Carles Mèlich

Departament de Pedagogia Sistemàtica i Social. Universitat Autònoma de Barcelona
08193 Bellaterra (Barcelona). Spain

Resumen

El objetivo de este trabajo radica en mostrar la relación entre la antropología filosófica de Viktor Frankl, el creador de la logoterapia, y su filosofía de la educación está poco desarrollada en su obra. En este artículo se intenta aplicar el modelo antropológico de Frankl a una pedagogía del sufrimiento y la muerte. (Autor)

Palabras clave: logoterapia, responsabilidad, sufrimiento, muerte.

Abstract

The aim of this work is to show the relationship between Viktor Frankl's philosophical anthropology, the creator of logotherapy, and his Philosophy of Education. In fact, the Franklian philosophy of education is scarcely developed in his work. In this article we try to adapt Frankl's anthropological model to a pedagogy of death and suffering. (Autor)

Key words: logotherapy, responsibility, suffering, death.

«La mort de l'autre, c'est là la mort première.»
Emmanuel Lévinas, *La mort et le temps*.

La filosofía de la educación es un saber que se ocupa de la comprensión de la realidad humana entendida como proceso constituyente en las relaciones de alteridad. Desde el punto de vista filosófico, y concretamente desde la filosofía fenomenológica¹, la educación es sobre todo una acción intersubjetiva, una

1. Al referirme a la «filosofía fenomenológica» no debe pensar el lector que hago referencia solamente a los fenomenólogos «clásicos» o «típicos» (Husserl, Heidegger, Sartre o Merleau-Ponty), sino que estoy pensando básicamente en la derivación sociológica (filosofía social) de la fenomenología. (Véase la obra de Alfred Schutz, *Der sinnhafte Aufbau der sozialen Welt*, Suhrkamp; trad. cast. con el título *La construcción significativa del mundo social*,

acción social y moral. *Proceso y acción* son, entonces, las dos categorías que permiten contemplar el fenómeno educativo desde la óptica del mundo de la vida (*Lebenswelt*)². Éste será el modelo teórico que ilustrará la interpretación de los textos de Viktor Frankl que presentaremos en este trabajo.

La *logoterapia* de Frankl³ no debe entenderse solamente como un método terapéutico o clínico, —si así fuera tendría muy poco interés para la filosofía—, sino también y básicamente como una teoría sobre la realidad humana, como una *antropología filosófica*. Como Frankl ha reconocido, «toda psicoterapia hace suya una determinada antropología», se construye en función de una antropología, y por lo mismo, de una filosofía, y el psicoanálisis no es una excepción⁴.

De todas las obras de Frankl hay dos a las que haremos especial referencia en este artículo por ser las más significativas desde el punto de vista antropológico. Me refiero a *Der Wille zum Sinn* (La voluntad de sentido) y *Der leidende Mensch* (El hombre doliente)⁵. Dado que las ideas de Frankl aparecen de modo reiterativo en distintos de sus libros, me referiré fundamentalmente (aunque no de modo exclusivo) en este trabajo a los capítulos siguientes de estas dos obras suyas: «La voluntad de sentido», «Tiempo y responsabilidad», «Logos y existencia», «El pluralismo de las ciencias y la unidad del hombre» y «Determinismo y humanismo» (todos ellos de *La voluntad de sentido*); y «El

(1993), Barcelona, Paidós, y la evolución posterior de la «sociología del conocimiento» de Berger y Luckmann: *The Social Construction of Reality*, Penguin. (Hay traducción castellana en Amorrotu y catalana en Herder).

Sobre el influjo de la fenomenología en la obra de Frankl, véase: Spiegelberg, «Die Rolle der Phänomenologie in Viktor Frankls logotherapie und Existenzanalyse», en Lange, A., *Wege zum Sinn. Logotherapie als Orientierungshilfe* (1985). Munich, Piper, p. 55-70. Este autor establece una importante relación entre la teoría frankliana de los valores y la filosofía fenomenológica de Max Scheler.

2. A tratar este tema le he dedicado un libro entero. Véase: Mèlich, J.C., *Del extraño al cómplice. La educación en la vida cotidiana* (1994). Barcelona: Anthropos.
3. Para el lector que desconozca la personalidad de Viktor E. Frankl, aclararé que nació en Viena en 1905. Es doctor en medicina y filosofía, y fue hasta su jubilación profesor de neurología y psiquiatría en la Universidad de Viena. En el momento de redactar este artículo, el profesor Frankl —a quien tuve la oportunidad de visitar en su casa en septiembre de 1991— vive en Viena rodeado de libros, cintas sobre logoterapia, fotografías y recuerdos.
4. Cf. Frankl, *Ante el vacío existencial*, Barcelona: Herder, p. 117.
5. Tenemos traducción castellana de prácticamente la totalidad de los textos de Frankl. A modo de introducción a su pensamiento se puede consultar *El hombre en busca de sentido*, Herder, Barcelona. Desde un punto de vista psicológico, véase *Ante el vacío existencial y Logoterapia y análisis existencial*, ambas publicadas en Herder; así como *Psicoterapia y humanismo*, FCE, México. La «filosofía» de Frankl se puede encontrar en *Psicoanálisis y existencialismo*, FCE y *La presencia ignorada de Dios*, Herder. Finalmente, para la cuestión que nos ocupa, el lector deberá consultar las obras ya citadas: *La voluntad de sentido* y *El hombre doliente*, Herder. A juicio del propio Frankl su obra más importante es *Der Mensch vor der Frage nach dem Sinn*, Piper, (1985), Munich. Este libro —como tal— no está traducido al castellano, pero dado que es una antología de sus mejores textos, el lector los encontrará en las obras antes citadas, sobre todo en las dos últimas.

hombre en busca de sentido», «En la frontera entre la psicoterapia y la filosofía», «El hombre incondicionado» y «Homo patiens» (de *El hombre doliente*).

Una de las cuestiones de fondo de la antropología filosófica contemporánea es el *reduccionismo*. Frankl es absolutamente consciente de este hecho, hasta el punto de sostener que el reduccionismo es el actual nihilismo⁶. De hecho, en el capítulo «El hombre incondicionado», Frankl introduce la base de su antropología filosófica, su *imago hominis*, que, a su vez, resulta una crítica feroz a todo reduccionismo: las leyes de la ontología dimensional⁷.

Frankl es partidario de una concepción filosófica unitaria de la realidad humana, de la persona⁸, pero ésta no debe entenderse desde el punto de vista materialista⁹. Existe unidad antropológica en la multiplicidad ontológica. Recordemos las dos leyes de la ontología dimensional¹⁰ con sus correspondientes gráficos; leyes que, por otro lado, aparecen en distintas obras de nuestro autor¹¹.

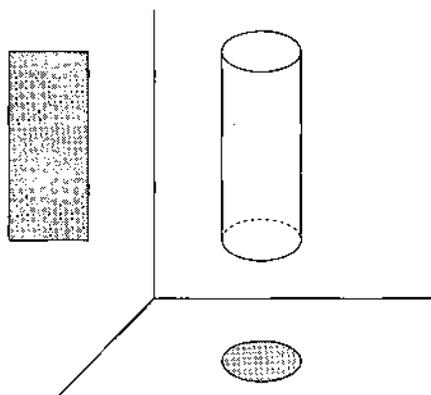


Figura 1. *Primera ley*: Una misma cosa, proyectada desde su dimensión a diversas dimensiones inferiores, se disocia en figuras que se contradicen entre sí.

6. «El reduccionismo es el nihilismo de hoy» (*La voluntad de sentido*, p. 18 y p. 159).
7. Véase *La voluntad de sentido*, p. 139 y *El hombre doliente*, p. 153-154.
8. «La persona no es sólo unidad y totalidad en sí misma, sino que la persona brinda unidad y totalidad» (*La voluntad de sentido*, p. 112).
9. Una de las múltiples críticas de Frankl al psicoanálisis se establece precisamente ahí. Véase, por ejemplo, *La presencia ignorada de Dios*, p. 14: «Pero el psicoanálisis no sólo ha rendido homenaje a la objetividad; también ha sido su víctima. La objetividad acabó por convertirse en «objetivación», objetivación de eso que llamamos la persona. El psicoanálisis contempla al hombre como dominado por «mecanismos», y en su óptica el médico se presenta como quien sabe manejar dichos mecanismos, es decir, como quien domina la técnica para volverlos a poner en orden tan pronto se desarreglan.»; o en la p. 17: «...el psicoanálisis no ve finalmente en el hombre sino el automatismo de un aparato anímico.»
10. Sobre la ontología dimensional véase también la obra de Frankl, *Psicoanálisis y existencialismo*, p. 49-50.
11. Frankl formulará las dos leyes de la «ontología dimensional» por primera vez en el *Jahrbuch für Psychologie und Psychotherapie* 1, 186, (1953).

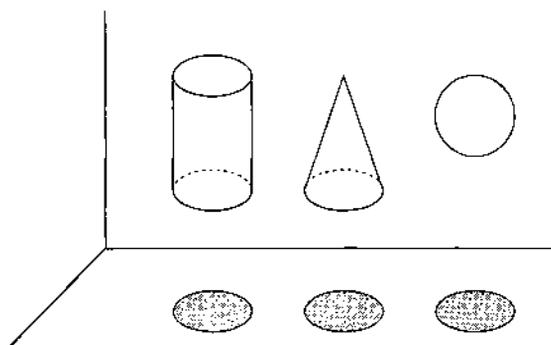


Figura 2. *Segunda ley*: Diversas cosas (no una misma), proyectadas desde su dimensión (no en diversas dimensiones, sino) a una misma dimensión inferior, dan lugar a figuras (no contradictorias entre sí, sino) que son polivalentes.

Frankl interpreta las dos leyes anteriores en sentido antropológico para salvaguardar la unidad y la trascendencia de la realidad humana. Creo que merece la pena apoyarnos en un claro texto de Frankl, muy significativo respecto a la cuestión que nos ocupa:

Nos sale aquí al paso un fenómeno humano que yo considero fundamental desde el punto de vista antropológico: la autotrascendencia de la existencia humana. Quiero describir con esta expresión el hecho de que en todo momento el ser humano apunta, por encima de sí mismo, hacia algo que no es él mismo, hacia algo o hacia un sentido que hay que cumplir, o hacia otro ser humano, a cuyo encuentro vamos con amor¹².

Inspirándose en la filosofía de Karl Jaspers¹³, para Frankl el hombre no es solamente un «ser-empírico» (*Dasein*), sino también «existencia» (*Existenz*).

12. Frankl, *Ante el vacío existencial*, p. 17. Véase también *Psicoanálisis y existencialismo*, pp. 13-14: «El hombre tiene en común con el animal la dimensión biológica y psicológica. (...) ...el hombre también es un animal; pero es también infinitamente más que un animal, y nada menos que por toda una nueva dimensión: la dimensión de la libertad.»
13. El influjo del pensamiento de Jaspers es evidente en las tesis de Frankl. En *Psicoanálisis y existencialismo*, p. 56 escribe: «Hay que reconocer a la filosofía existencialista el mérito de haber destacado la Existencia como una forma de ser *sui generis*. Así, vemos que Jaspers califica el ser del hombre como un ser «que decide», que no «es» pura y simplemente, sino que, además, decide precisamente en cada caso «lo que es.» En la p. 130 de esta misma obra Frankl retoma la cuestión de la «Existencia» en relación con la filosofía de Karl Jaspers.

Al respecto podemos recurrir a un texto de éste que podría haberlo firmado el propio Frankl: «...¿qué es, pues, el hombre? (...) toda imagen del hombre es insuficiente. Tenemos multitud de imágenes del hombre ideadas hasta llegar a las imágenes actuales, las cuales han convertido al hombre en objeto de investigación de la Antropología, Psicología y

Por ser existencia¹⁴, dinamicidad, el ser humano es «temporalidad». Ligada a la temporalidad aparece la categoría de «anticipación» que Frankl tomará de Heidegger, de *Sein und Zeit* (la cura, el cuidado, la preocupación —*Sorge*)¹⁵, pero le añade una dimensión carente en Heidegger: a saber, la relación con la educación. Así:

Según Heidegger, el hombre se anticipa a sí mismo. Nosotros constatamos un estado de cosas similar al hablar de la vida como su propio sentido y al sostener que esa vida que es el sentido de la vida es una vida «facultativa», mientras que la vida cuyo sentido «es», es la vida fáctica. Aplicando esto al ser humano, el hombre como debe ser «anticipa» al hombre como es. De ese modo este «anticiparse» es la condición de toda posibilidad, de toda variabilidad: de toda autodeterminación, autoconfiguración y autoeducación¹⁶.

El ser humano es devenir (*werden*) y, por lo tanto, es educación¹⁷. Obsérvese la referencia constante al ser del hombre. El hombre «tiene» cuerpo y alma, (biología y sociedad), pero «es» espíritu¹⁸. Es la diferencia entre el «tener» y el «ser». Desde el punto de vista de la educación la diferencia anterior resulta importante. La acción educativa no puede limitarse a incidir en el ser humano en el ámbito del «tener» (conocimientos, actitudes, hábitos, habilidades...), sino también y principalmente en el «ser», en la construcción del «espíritu», porque solamente por éste somos únicos e irrepetibles. El ser humano es «educación permanente», y solamente la muerte puede significar el fin de la educación¹⁹.

Sociología, y que, en cuanto investigaciones científicas, tienen su derecho a existir, pero nunca aprehenden al hombre en su totalidad.» (Jaspers, *Chiffren der Transzendenz* (1984). Munich: Piper, p. 16; hay traducción castellana con el título: *Cifras de la trascendencia*, (1993). Madrid: Alianza, p. 22).

Al lado de Jaspers podemos citar como autores relevantes para la antropología frankliana a Kierkegaard, Bergson, Husserl, Scheler y Heidegger. En *La presencia ignorada de Dios*, p. 23 y 24, Frankl pone en contacto su obra con Jaspers y Heidegger.

14. «La persona es dinámica (...) y por eso no podemos calificarla de substancia, por lo menos no es el sentido corriente. Ex-sistir significa salirse de sí mismo y enfrentarse consigo mismo...» (*La voluntad de sentido*, p. 113). En este texto ya se observa otra de las características básicas de la antropología de Frankl: el «enfrentarse consigo mismo», esto es, la necesidad del *sentido*.
15. Véase Heidegger, *Sein und Zeit*, (1979). Tubinga: Niemeyer; concretamente el capítulo 6 de la primera sección de la primera parte titulado: «Die Sorge als Sein des Daseins», p. 180-230.
16. *El hombre doliente*, p. 282.
17. «...el hombre, en efecto, nunca «es», sino que «deviene»; el hombre nunca puede decir «yo soy el que soy», sino «yo soy el que llega a ser», o «yo llego a ser el que soy»...» (*El hombre doliente*, p. 245). Este texto de Frankl es heredero claramente de la tesis de Jaspers: «Ser hombre es llegar a ser hombre» (*Menschsein ist Menschwerden*), [*Einführung in die Philosophie*, (1983). Munich: Piper, p. 57. Hay traducción castellana en FCE y catalana en Edicions 62].
18. *El hombre doliente*, p. 137.
19. *El hombre doliente*, p. 168.

La educación no es un simple proceso de socialización. La educación debe entenderse esencialmente como un proceso de construcción personal. Esto no significa en modo alguno incurrir en un solipsismo, dado que no tendría sentido desde el punto de vista existencial. El otro siempre está presente en el horizonte de mi propio ser. La construcción humana implica libertad, esto es, capacidad de decidir. Pero estas decisiones no son objetuales, hacia algo, sino hacia sí mismo, dado que el hombre es el ser que decide en cada momento lo que quiere ser. Frankl no niega en ningún momento los condicionamientos a los que el hombre se halla implicado, pero advierte que la decisión clave radica precisamente ahí: en asumir, o no, los condicionamientos. La libertad no radica en la ausencia de condicionamientos, sino en la *actitud* que hacia ellos se tome:

De manera que la libertad es uno de los fenómenos humanos. Pero también es ella un fenómeno demasiado humano. La libertad humana es libertad finita: el hombre no es libre de condicionamientos, sino que es libre solamente respecto a la actitud como ha de asumirlos. Pero el hombre no está determinado inequívocamente. Pues, finalmente, le incumbe a él decidir si se deja vencer, si se somete a los condicionamientos²⁰.

La educación, en tanto que construcción de la singularidad, vive y necesita de las decisiones, de las autodecisiones²¹. Frankl contrapone el determinismo, el destino psicológico de Freud²², con la antropología existencial de Jaspers, en este sentido que acabamos de mostrar: el hombre no se limita a ser, sino a decidir lo que quiere ser²³, y en tal decisión radica la cuestión del *sentido*²⁴, y en concreto el sentido del sufrimiento. La naturaleza humana está orientada al sentido, y la educación es construcción de sentido, construcción de posibilidades, de decisiones. La educación no elimina las decisiones, no crea determinismos, sino todo lo contrario: es *apertura*. La relación con la cuestión del sentido está clara: el sentido no se da, pero tampoco se inventa; se descubre²⁵. Nadie está capacitado para decir cuál es el sentido, pero sí que

20. *La voluntad de sentido*, p. 150. Frankl se referirá a la cuestión de la *libertad* en otras obras suyas. Véase, a título de ejemplo, *La presencia ignorada de Dios*, p. 57; *Ante el vacío existencial*, p. 123, y *Psicoanálisis y existencialismo*, p. 14 y 48.
21. «El hombre "se" decide; como ser decisivo que es, el hombre no se limita a decidir algo, sino que se decide a sí mismo.» (*El hombre doliente*, p. 250-251).
22. En *La presencia ignorada de Dios*, p. 25, y en una clara referencia a Freud, escribe Frankl: «Frente a esta facticidad es menester, pues, despertar la conciencia de libertad, de esa libertad y responsabilidad que constituyen lo propio del ser hombre.»
23. «A la concepción psicoanalítica del ser humano, como naturaleza impulsada, le oponemos aquello que quiso decir Jaspers cuando habló del ser humano como un "ser que decide", un ser que no sólo *es* sino que también "decide lo que es"». (*La voluntad de sentido*, p. 100).
24. «Sentido es, por tanto, el sentido concreto en una situación determinada. Es siempre el "requerimiento del momento". Pero este requerimiento está a la vez siempre dirigido a una persona concreta. Y del mismo exacto modo que cada situación concreta es singular, de este mismo modo es también singular cada persona concreta.» (*Ante el vacío existencial*, p. 33).
25. Sobre las tres leyes del sentido, véase *Ante el vacío existencial*, p. 29-31, y *La presencia ignorada de Dios*, p. 99.

la vida tiene un sentido, incluso cuando en nuestro horizonte aletea el sufrimiento y la muerte.

El hombre puede decidir qué ser, debatirse entre la posibilidad de destruir al otro, de asesinarlo, o de amarlo, de respetarlo. La propuesta antropológica de Frankl queda, pues, establecida en el texto siguiente:

¿Qué es, pues, el hombre? Seguimos preguntando. Es un ser que siempre decide lo que es. Un ser que alberga en sí la posibilidad de descender al nivel de un animal o de elevarse a una vida acendrada. El hombre es ese ser que ha inventado las cámaras de gas; pero es también ese ser que caminó en dirección a esas cámaras de gas en actitud erguida o rezando el Padre nuestro o con la oración judía de los agonizantes en los labios²⁶.

Llegados a este punto es importante introducir la cuestión de los valores como un nuevo elemento básico en el edificio de la existencia y, por lo mismo, en educación. La búsqueda del sentido es la realización de los valores, y en la medida en que tales valores son asumidos por el hombre, es autorrealización. El sentido puede encontrarse, pero nunca darse, ni inventarse; y para que podamos realizarnos como existencia es fundamental encontrar el sentido. Éste es el imperativo vital y pedagógico derivado hipotéticamente de la antropología de Frankl.

La logoterapia —entendida no solamente como método terapéutico sino como práctica educativa— se concreta en un deber: ayudar al otro a encontrar el sentido, su sentido de la existencia. «Dar» sentido sería equivalente a «moralizar», y nada está más lejos de la propuesta de Frankl. El educador no puede imponer el sentido, su sentido, al educando, sino que es éste el que está obligado a descubrirlo.

La ética de Frankl, entonces, está ligada a la conciencia y a los valores. En consecuencia, la moral debe ser ontologizada, existencializada y fenomenologizada²⁷. De la misma forma que la cuestión del sentido, la moral —estrictamente ligada a aquélla— no puede ser, en tanto que contenido, objeto de educación. Frankl replantea aquí la vieja discusión entre Protágoras y Sócrates en el *Protágoras* platónico: ¿se puede enseñar la virtud? Frankl responde negativamente. No podemos enseñar los valores, sino solamente vivirlos:

La moral no debe solamente ontologizarse sino existencializarse. No podemos enseñar valores, debemos vivir valores. No podemos dar un sentido a la vida de los demás: lo que podemos brindarles en su camino por la vida es, más bien y únicamente, un ejemplo: el ejemplo de lo que somos. Pues la respuesta al problema del sentido final del sufrimiento humano, de la vida humana, no puede ser intelectual, sino sólo existencial: no contestamos con palabras, sino que toda nuestra existencia es nuestra respuesta²⁸.

26. *El hombre doliente*, p. 268.

27. *La voluntad de sentido*, p. 33.

28. *La voluntad de sentido*, p. 32.

Los valores constituyen el contenido del sentido de la existencia²⁹. El educador solamente puede ofrecer el ejemplo de lo que es. Es la posición del *educador existencial* frente al *intelectual*. De entre todos los valores, Frankl destaca uno por encima de los demás: la responsabilidad³⁰. Es ante la muerte, ante la finitud de la temporalidad, que Frankl anda convencido de que es necesario hacer una llamada a la responsabilidad. Nuestro autor lo concreta en el siguiente imperativo categórico:

Obra así, como si vivieras por segunda vez y la primera vez lo hubieras hecho tan mal como estás a punto de hacerlo otra vez³¹.

Educar es ser responsable³², autorresponsable. Lo común en la naturaleza humana es precisamente todo lo contrario: eludir la responsabilidad, precisamente porque ésta es motivo de angustia, de vértigo³³. Con el valor de la responsabilidad, Frankl cierra su círculo hermenéutico: el ser humano va a la búsqueda del sentido. La voluntad de sentido nos lleva a los valores y éstos a la responsabilidad. La responsabilidad es la finalidad educativa básica, y Frankl lo ha mostrado insistentemente en sus obras³⁴.

La libertad no tiene razón de ser al margen de la responsabilidad. La libertad, escribe Frankl, es el aspecto negativo; el positivo es la responsabilidad. El texto de Frankl es lo suficientemente explícito:

La libertad, no obstante, no es la última palabra. La libertad sólo es una parte de la historia y la mitad de la verdad. La libertad no es más que el aspecto negativo de cualquier fenómeno, cuyo aspecto positivo es la responsabilidad. De hecho, la libertad corre el peligro de degenerar en nueva arbitrariedad a no ser que se viva con responsabilidad. Por eso yo recomiendo que la estatua de la Libertad en la costa este de EE.UU. se complemente con la estatua de la Responsabilidad en la costa oeste³⁵.

Cada momento de la vida humana anda lleno de «exigencia». Para Frankl es de enorme importancia que maestros, profesores, padres y pedagogos entiendan que educar no solamente es transmitir conocimientos, sino también «refi-

29. Sobre la clasificación axiológica en la logoterapia, remito a la obra de Frankl: *Psicoanálisis y existencialismo* (Título original: *Ärztliche Seelsorge*), ed. cast. FCE, p. 87-90 y 159. Frankl distingue entre tres tipos de «valor»: de creación, de vivencia y de actitud.

30. Véase *La presencia ignorada de Dios*, p. 106-107 y *Ante el vacío existencial*, p. 32.

31. *La voluntad de sentido*, p. 103.

32. Véase también *Ante el vacío existencial*, p. 32.

33. En *Psicoanálisis y existencialismo*, p. 71, escribe Frankl: «Y en realidad hay en la responsabilidad algo de abismal. Y cuanto más larga y más hondamente recapacitamos sobre ella, más nos percatamos de eso, hasta que nos sobrevive una especie de vértigo.»

34. En *El hombre doliente*, p. 20 escribe Frankl: «En cualquier caso, la educación debe ser hoy más que nunca una educación para la responsabilidad.» Casi con las mismas palabras se expresa en *La voluntad de sentido*, p. 31.

35. Frankl, *El hombre en busca de sentido*, p. 126.

nar la conciencia para que el hombre sea capaz de escuchar en cada situación la exigencia que contiene».

En la obra frankliana, uno de los aspectos más significativos es la cuestión de la búsqueda de sentido ante las «situaciones-límite», en especial ante el sufrimiento y la muerte³⁶. Situación-*límite* es aquella situación definitiva, que no es posible superar. Todos, tarde o temprano, nos hallaremos en una situación-límite. Sin embargo, la aportación de Frankl consiste en proponer, no una «superación» del *límite*, sino un cambio de actitud. Un cambio de actitud tal sólo lo puede proporcionar el sentido. Entonces, ¿es posible un sentido del sufrimiento y la muerte?

Frankl coincide con otros pensadores³⁷ al poner en relación el sentido de la muerte y la finitud del tiempo. La muerte da sentido al tiempo, al presente. Sin la presencia de la finitud, de la conciencia del límite, el presente no posee sentido en sí mismo. Veamos cómo lo explica Frankl:

...¿qué ocurriría si nuestra vida no fuese finita en el tiempo, sino temporalmente ilimitada? Si el hombre fuese inmortal, podría con razón demorar cada uno de sus actos hasta lo infinito, no tendría el menor interés en realizarlos precisamente ahora, podría dejarlos perfectamente para mañana o pasado mañana, para dentro de un año o de diez. (...) Por tanto, la finitud, la temporalidad, no es una característica esencial de la vida humana, sino que es, además, un factor constitutivo del sentido mismo de la vida. El sentido de la existencia humana se basa precisamente en su carácter irreversible³⁸.

El sentido de la muerte y del sufrimiento se puede descubrir desde el punto de vista de los *valores de actitud*³⁹. La vida del hombre, desde esta óptica, no solamente tiene sentido a través de la creación o del placer, aunque tanto la primera como el segundo sean importantísimos, sino también a través del sufrimiento y la muerte. El sufrimiento crea tensión, es un impulso, «tiende a salvaguardar al hombre de caer en la apatía»⁴⁰. La tensión es necesaria para

36. El tema de las «situaciones-límite» (*Grenzsituationen*) está tomado de la obra de Karl Jaspers. Respecto a la relación entre ambos y la posterior aplicación en el ámbito educativo al modo de una «pedagogía de la muerte y del sufrimiento» puede consultarse mi libro *Situaciones-límite y educación* (1989), Barcelona: PPU.

37. Pienso por ejemplo en Otto F. Bollnow (probablemente el filósofo de la educación existencial más importante todavía hoy) cuando escribe: «Si el hombre tuviese un tiempo infinito a su alcance el mañana sería tan bueno como el hoy, y no tendría ninguna razón para comenzar algo, aunque fuera para dejar de aburrirse. Sólo por la presencia de la finitud, la vida obtiene la tensión que obliga al hombre a reunir las fuerzas y utilizar el tiempo de su vida.» (Bollnow, *Existenzphilosophie*, Stuttgart, Kohlhammer, p. 98).

38. Frankl, *Psicoanálisis y existencialismo*, p. 117.

39. Recordemos que para Frankl existen tres tipos de valores: de *creación*, de *vivencia* y de *actitud*. Son estos últimos los que pueden dar sentido a la muerte y al sufrimiento. Así: «Los valores que llamamos de actitud se realizan siempre que admitimos como tal algo que consideramos irremisible, fatal como el destino.» (*Psicoanálisis y existencialismo*, p. 159).

40. Frankl, *Psicoanálisis y existencialismo*, p. 163.

vivir⁴¹. Toda situación vital puede y debe tener un sentido⁴². El psicoterapeuta —como el educador— debe decir al paciente —o al alumno— que la vida tiene un sentido, que lo conserva bajo cualquier circunstancia, y que el sufrimiento y la muerte pueden transformarse en algo positivo «a condición de que se salga a su encuentro con la adecuada actitud y disposición»⁴³.

Alguien puede pensar que la propuesta de Frankl no está mal como *teoría*, pero que es imposible a nivel práctico. Dado que maestros, profesores y pedagogos andan tan interesados por la «razón instrumental», creo que es necesario recordar que Viktor Frankl estuvo prisionero en Auschwitz y Dachau⁴⁴ y ha promovido una «escuela logoterapéutica», a nivel clínico, extendida hoy por todo el mundo. Aunque no es el objetivo de este trabajo creo que puede resultar de interés concluir recordando, a modo de ejemplo, una entrevista que tuvo lugar entre Frankl y una de sus pacientes. Dada su extensión transcribimos solamente un resumen⁴⁵.

Frankl se encuentra con una mujer enferma de cáncer ya en estado terminal. La primera parte de la entrevista consiste en que la paciente recuerde su vida y se pregunte si «ha merecido la pena vivir». La enferma reconoce el valor de su vida. La segunda fase se concentra en el hecho de morir. La paciente es consciente de que su fin está cerca. Sin embargo, y ahí entra en juego la labor del logoterapeuta que —a diferencia del psicoanalista⁴⁶—, habla, y le dice: «¿Cree que hay algo que pueda destruir la felicidad que usted ha experimentado? ¿Hay alguien que pueda borrarla?»

41. Frankl cree en la «utilidad» de la tensión: «... lo que realmente necesita el hombre no es una situación carente de tensiones, sino más bien una cierta, una saludable dosis de tensión: como sería esa tensión dosificada que es provocada por la exigencia y la apelación del hombre por el sentido.» (*Psicoanálisis y existencialismo*, p. 113).
42. El sociólogo Norbert Elias, en su libro *La soledad de los moribundos* (1987). México: FCE, p. 68, escribe al respecto: «Pero la categoría de "sentido" no puede entenderse cuando se refiere a un ser humano individual o a un universal derivado de él. Es constitutiva de lo que llamamos sentido la existencia de una pluralidad de seres humanos, interdependientes de éste o de aquel modo y que se comunican entre sí. El "sentido" es una categoría social. Y el sujeto correspondiente a esta categoría social es una pluralidad de seres humanos vinculados entre sí. En el intercambio mutuo, los signos que se dan unos a otros —y que pueden ser diferentes de un grupo humano a otro— adquieren un sentido, que inicialmente es un sentido común.»
43. Frankl, *Ante el vacío existencial*, p. 35.
44. Frankl narra su experiencia en los campos de concentración nazis en la primera parte de su libro *El hombre en busca de sentido*, titulada: «Un psicólogo en un campo de concentración».
45. Al lector interesado le remito a la obra de Frankl *Psicoterapia y humanismo* (1984). México: FCE, p. 118-121. Creo que esta entrevista podría tomarse como modelo de la práctica logoterapéutica.
46. Si tuviéramos que establecer un «perfil» con las características del logoterapeuta y el psicoanalista, diríamos que mientras que el segundo ejerce siempre una función pasiva frente al paciente, en el caso de la logoterapia sucede todo lo contrario. El logoterapeuta es activo, habla, no solamente se limita a escuchar.

La enferma reacciona con emoción: nada ni nadie podrá borrar todo lo que ha hecho a lo largo de su vida. Frankl le dice que su dolor, el que ha sufrido en su existencia, ha tenido sentido, ha merecido la pena vivir⁴⁷, y su muerte también. La mujer falleció una semana después, y Frankl nos asegura que en ese tiempo no se mostró deprimida sino «llena de fe y de orgullo». Sus últimas palabras fueron: «Mi vida no ha sido en vano».

La importancia de la logoterapia para la educación escolar se observa desde el momento en que decidimos que todo maestro debería ser, de algún modo, «logoterapeuta». El problema del sufrimiento y la muerte es grave para todos, puesto que sabemos que vamos a sufrir y a morir, o, en otras palabras, que vivimos o viviremos en situación-límite. En la vida cotidiana el saber acerca de la muerte y el hecho mismo de morir no nos afecta solamente en tanto que sujetos «solipsistas», sino en cuanto establecemos relaciones con los demás, y éstos nos importan, representan algo para nosotros. Es ahora cuando el sufrimiento y la muerte cobran todavía, si cabe, mayor gravedad. La muerte del otro, del otro-cómplice, resulta mucho más grave que mi propia muerte, y éste quizás es un aspecto que encontramos a faltar en la obra de Viktor Frankl. No podemos entrar aquí, por cuestiones de espacio, a desarrollar el que probablemente es el mayor problema de la filosofía y de la vida: la *muerte del otro*. Baste simplemente, para terminar, recordar una vez más las palabras de Emmanuel Lévinas:

Nous rencontrons la mort dans le visage d'autrui⁴⁸.

47. «Pero sean cualesquiera las razones, cabe quizá suponer que el morir se hace más fácil para alguien que tiene la sensación que ha hecho algo en la vida, y más difícil para quien sienta que ha desperdiciado su vida, aunque seguramente resulta sobremanera difícil para quien, con independencia de la plenitud que haya alcanzado su vida, sienta que su forma de morir carece en sí de sentido.

“La muerte llena de sentido”, “el morir carente de sentido”, son también conceptos que nos abren el acceso a problemas sobre los que cabría pensar que se medita demasiado poco de una manera pública.» (Eliás, *La soledad de los moribundos*, p. 78).

48. Lévinas, *La mort et le temps*, París, p. 121.